

IV. CONSIDERACIONES FINALES

La compleja diversidad de aspectos políticos, sociológicos, económicos, culturales, religiosos, demográficos, etc., que se acusan en el escenario geográfico del Mediterráneo, ha obligado a articular el tratamiento del tema objeto de estudio, en la forma que se ha expuesto y justificado en la Introducción; pero de modo especial a tratar separadamente el análisis de algunos factores en los planteamientos de los países de las riberas Norte y Sur del Mediterráneo. Esta norma se ha hecho necesaria asimismo en los análisis de amenazas y de organización de mandos y fuerzas, y por ello para obtener mejor continuidad en la exposición se han adelantado al término de los capítulos correspondientes algunas consideraciones de previsión estratégica regional.

Por esta circunstancia, las consideraciones que se exponen a continuación entrañan un carácter más general en relación con los aspectos de globalidad en la seguridad occidental, si bien analizada siempre desde el punto de vista de observación del espacio geográfico objeto de estudio.

Al abordar el análisis de la seguridad en estos espacios habría que recordar una expresión del Almirante Lemonier, que en los primeros tiempos de la Alianza Atlántica, cuando era director del Colegio de la OTAN, antes de la salida francesa de la estructura militar, mostraba su extrañeza de que una organización defensiva de países esencialmente marítimos, extendidos en sus costas a lo largo de los lados de un ángulo de tres mil kilómetros, en cada espacio atlántico y mediterráneo, adoptase una estrategia continental y acusara la quiebra que suponía la no inclusión de España, situada en la Península que configura en el vértice de aquél ángulo estratégico.

Y pese a aquellas afirmaciones el criterio seguido, por lo que a globalidad europea se refiere ha estado bastante lejos de satisfacer los condicionamientos del Almirante Lemonier; porque una prioridad conceptual

se ha venido reflejando en la defensa europea de modo muy acusado desde los primeros tiempos de la organización defensiva de la OTAN, cuando la trascendencia de los despliegues militares dedicaba el mayor porcentaje de medios a la zona geográfica del centro de Europa.

Posteriormente la significación y trascendencia otorgada al espacio centro europeo se ha venido acusando en el mismo sentido, tanto al Este como al Oeste de los Pactos Colectivos. Así en las consideraciones del General Rogers cuando era jefe del Mando Supremo Aliado en Europa, y argumentaba sobre la conveniencia de modificar las doctrinas de guerra convencional dando prioridad a las fuerzas de despliegue rápido y su acción sobre la profundidad de los frentes, hacía especial hincapié en la posibilidad de dominar y superar el actual desequilibrio de fuerzas blindadas en el desarrollo de un enfrentamiento en el espacio centro europeo. Pero igualmente las referencias soviéticas aludían al riesgo que para su despliegue supone la instalación de los euromisiles occidentales. Y los dos planteamientos consideraban la trascendencia de una guerra generalizada que prevé su desencadenamiento e iniciativa en el frente citado.

Ultimamente, parecía que aquella apreciación estratégica del interés peninsular se observó en la reunión cumbre de Otawa de julio de 1981, y este juicio alcanzó una expresión más terminante en la Conferencia de los siete Grandes en Williamsburgo, en la que se afirmó que «la seguridad es indivisible y debe verse sobre una base global ...» Y el convencimiento de esta exigencia global parece que llevó a los mandos políticos de todos los países de la Comunidad Europea al proyecto de alguna organización conjunta de seguridad europea propuesta por los Jefes de Gobierno en la reunión de Milán en 1985; pero sin lograrse la aceptación de todos en cuanto a la incidencia que supone para los espacios no centro europeos.

Para los soviéticos intentar frontalmente la penetración en el Centro de Europa, tendría el riesgo de forzar a una intervención directa, porque la situación del enclave de Berlín encierra la dificultad de no poder actuar por intermedio de terceros países y su estrategia trata de evitar la confrontación directa y la generalización del conflicto entre las Grandes Potencias.

Por contraste en el Mediterráneo y en la geografía norte africana también existen riesgos, pero la posibilidad de explotar las múltiples tensiones locales les hace suponer que la infiltración permitiría utilizarlas para progresar a través de los países ribereños del Norte de Africa.

Dada la conflictividad interna en esta región y la inestabilidad propia de los regímenes de la ribera sur mediterránea, y que se han expuesto en el

apartado correspondiente; estos países recurren según los casos de solicitar apoyos externos, lo que supone un mayor control de las superpotencias que los facilitan, las que a su vez, al no querer empeñar medios suficientes para resolver las crisis locales de forma definitiva, por el riesgo de generalización del conflicto, parece que sólo tratan de aprovechar las tensiones y confrontaciones existentes para atraerse a los países a su campo, fortaleciendo de este modo su posición en el Mediterráneo, y entre éstas alcanza prioridad la del Mogreb. Así llega a establecerse un círculo vicioso dentro del cual, por un lado la conflictividad crea la exigencia de obtener algún apoyo de los Grandes, y por otro lado la amenaza de su posible intervención tiende a hacer crónica la inestabilidad.

Por otra parte, la estrategia de reacción va alterando últimamente las doctrinas de acción operativa para la utilización de las Fuerzas de Intervención Rápida, con capacidad y potencia para actuar en todo momento en cualquier lugar del mundo. Y en este sentido el espacio mogrebino tiene para los grandes el valor de un apoyo intermedio, bien sea para el mejor auxilio en beneficio de las penetraciones y traslado de las fuerzas norteamericanas de Despliegue Rápido, caso de Marruecos; pero también en el lado soviético para facilitar el almacenamiento de niveles de armamento en Libia, para posible empleo en los propósitos de penetración hacia el espacio mediterráneo.

Tensiones locales

Las relaciones entre Marruecos y Argelia se han caracterizado por una casi permanente conflictividad nacida de la distinta concepción de sus respectivos sistemas políticos; pasando por períodos de mayor virulencia como en 1963, durante los enfrentamientos militares fronterizos, y posteriormente a consecuencia de la protección y estímulos del Gobierno argelino a las fracciones del Frente Polisario, que llevaron hasta el reconocimiento de la República Árabe Saharaui Democrática, y que ya se han señalado en la Ponencia correspondiente. En estos planteamientos, un estado saharauí sería un competidor en el mercado internacional de fosfatos, y facilitaría la aspiración argelina de obtener una salida al Atlántico, para transportar los minerales de hierro de Giza Yegilev, hoy poco rentables por el largo recorrido hasta el Mediterráneo. Y por otra parte, Marruecos también mantiene exigencia sobre algunos espacios del Sahara argelino, mal definidos en los límites fronterizos derivados de la indeterminación francesa en época colonial.

Por otra parte, y en cuanto a la actitud marroquí respecto a EE. UU. hay que recordar que, en contraste con los planteamientos antiamericanos en Libia, y cuando más acusada era la escalada de apoyos al Frente Polisario; en Rabat se vieron forzados a buscar la mayor aportación de ayuda militar, y del lado estadounidense se había insistido en el interés de poder disponer de bases en la geografía marroquí para una posible acción futura de sus Fuerzas de Despliegue Rápido; apoyos que se centraron en la ayuda para la organización de medios electrónicos en los «muros defensivos» que han resultado esenciales en el cambio de la situación militar en el Sahara.

En Argelia, desde el punto de vista de su organización estatal, la política de Bumedian a raíz de la independencia, pretendía alcanzar, en su concepción occidentalista, un desarrollo rápido y casi exclusivo de industrialización del país, con olvido de las circunstancias agrícolas que de antiguo lo habían caracterizado. Las reservas y recursos petrolíferos son bastante más limitados, si se comparan con las existencias de los países árabes del Golfo, pero en contraste con estas limitaciones son de más fácil prospección y también por su cercanía, más asequibles para Europa y de ahí que se llevaran a cabo los estudios y proyectos de construcción de oleoductos de Argelia hacia España, bien directamente y también a través de Marruecos.

Posteriormente los continuadores de Bumedian han tratado de alcanzar la modernización del país de forma más armónica entre agricultura e industria; pero al mismo tiempo estos problemas unidos a las circunstancias sociológicas que suponen para la población joven la desocupación laboral, han llevado últimamente a crisis y tensiones políticas internas de gravedad, que también se han resumido en el análisis concreto de este país.

Y esta es la grave crisis de un espacio donde se encuentran en contacto problemas políticos, económicos, religiosos, demográficos, sociológicos, energéticos y de circulación, tan diversos en su apreciación y trascendencia en cada país, que las tensiones toman valores muy diferentes en cada momento.

Planes

En todos los planes defensivos de la Alianza Atlántica se viene argumentando con excesiva credulidad, la probable repetición de las situaciones bélicas anteriores, al aludirse siempre a las posibles agresiones procedentes del Este y que de llevarse a cabo se iniciarían en el Centro de Europa; pero ya se han expuesto las circunstancias que excluyen aquella

máxima probabilidad, al menos en su aspecto de iniciación del conflicto que significaría el enfrentamiento de las dos Alemanias que actualmente no parecen inclinadas a chocar en ningún caso y muchos grupos políticos aludían incluso a su preferencia por la creación de posibles «zonas neutralizadas».

Y a este respecto habría que recordar también, que casi al mismo tiempo que los responsables de la Unión Soviética exteriorizaban sus propuestas sobre la reducción de euromisiles, también apuntaban el interés de una posible desmilitarización de los espacios árticos y del flanco Norte... y en consecuencia de modo indirecto, por exclusión, apuntaban su mayor interés y atención por la efectividad de logros en los planteamientos en el Mediterráneo.

Pero en este espacio geográfico del Mediterráneo también se observa últimamente algún síntoma generalizado de cambio en las relaciones internacionales. En este sentido podría destacarse como ejemplo el problema greco-turco; donde se mantenía un enfrentamiento violento desde hace quince años; pero a principios del actual se apuntó un intento de lograr algún entendimiento en las entrevistas en Davos entre los dos primeros ministros de Grecia y Turquía. De momento no se alcanzaron resultados concretos, y persisten las discrepancias tanto en el conflicto chipriota como en las diferencias sobre las aguas territoriales en el mar Egeo; se mostraron muy lejos de llegar al acuerdo, pero reflejando la voluntad de descartar todo posible enfrentamiento armado.

Y este fenómeno de cierta «mutación» parece reflejarse también en el espacio geográfico del Magreb. Así, las relaciones entre Marruecos y Argelia que se habían caracterizado hasta ahora por una permanente conflictividad nacida de la distinta concepción de sus respectivos sistemas políticos, aportan alguna variación y cabe mencionar la reciente entrevista de Argel entre los representantes de la Liga Árabe y con más significación la visita del Rey Hassan de Marruecos al Presidente de Argelia, que culminó con el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre los dos países y la reapertura de sus fronteras.

Por otra parte, al término de la reunión de Argel un comunicado conjunto libio-argelino aludía al proyecto de unión de estos países que sería sometido próximamente a un referéndum, y al mismo tiempo el presidente argelino Chadli Benjedid manifestaba a la prensa norteamericana su intención de sacar a Libia de su aislamiento. Posteriormente estos hechos no se han realizado y en contraste los problemas sociológicos y económicos

de Argelia han llevado a una serie de conflictos internos que han puesto en dificultad la política de Chadli.

Todo este conjunto de situaciones y planteamientos contradictorios, pese a la posible intención de normalizar las relaciones, mantiene el ya crónico estado de inestabilidad en la zona. Por esta circunstancia y los posibles riesgos que el hecho puede suponer en su generalización, en algunas reuniones de la Alianza Atlántica se ha expuesto por alguno de sus miembros, la posibilidad y conveniencia de ampliar las zonas de responsabilidad, y en este aspecto el escenario del Mogreb considerado en toda su amplitud norteafricana, se valora geográficamente como un espacio apropiado para centrar estrategias regionales de acción periférica sobre posibles focos de conflictividad, tanto en el eje Este-Oeste hacia el Oriente Medio, como también en el puente Norte-Sur hacia el Continente africano e incluso el Atlántico Sur.

En cuanto se refiere a la contribución española a la seguridad, el comité de Planes de Defensa de la OTAN, ha aprobado recientemente el Documento de directrices generales sobre la aportación española, en el que se definen seis misiones generales que incumben a nuestras fuerzas armadas. Han sido mencionadas anteriormente en el apartado relativo a la «Estructura de mandos».

De las seis misiones, tres de ellas corresponde a: Operaciones aeronavales en el Atlántico Oriental; Control del Estrecho de Gibraltar y sus accesos, y Operaciones aeronavales en el Mediterráneo Occidental que en su aplicación corresponden plenamente al ámbito de una Estrategia Regional en el Mediterráneo Occidental.

El conjunto de las seis misiones expresadas en el Documento, suponen la planificación de operaciones en zonas en que se superponen los intereses de seguridad y circulación de distintas potencias, y que en síntesis corresponden a dos exigencias diversas; de un lado, la garantía del apoyo logístico a la zona central del despliegue europeo, en la que se encuadra además la seguridad del espacio geográfico español. Y de otro, la garantía de seguridad y libre circulación en los accesos del Eje Canarias-Estrecho-Baleares, lo que en determinadas circunstancias podría alcanzar también a la operatividad de acciones de defensa en el Mediterráneo en toda su amplitud.

Para la culminación de los acuerdos de coordinación, las directrices prevén el principio de «reciprocidad» en relación a las transferencias del

«control operativo», extremo que ya ha sido analizado en el apartado correspondiente.

En esta línea y de acuerdo con la tesis expuesta por los representantes de diversos países en las sesiones preparatorias para el período de presidencia española de la Comunidad Europea, se aludió a la importancia que en el aspecto de la seguridad europea supone la aportación española a la UEO y la posibilidad dentro de la propia organización de formalizar acuerdos regionales de acción defensiva, al modo del pacto franco-alemán que incluye la organización de una brigada mixta, concertándose de modo operativo la forma de actuar de sus fuerzas respectivas. Y en este aspecto, en las conversaciones franco-españolas que se celebraron posteriormente en León, ya se aludió a la forma de generalizar aquel sistema regional de coparticipación, en cuanto se refiere a la zona sur-europea, lo que supondría la posibilidad de un acuerdo franco-hispano-italiano.

Ahora bien, estas acciones suponen el ejercicio de operaciones en zonas de acción en las que se superponen los intereses de circulación y seguridad de potencias en ellas situadas geográficamente, pero también de otras no directamente enclavadas en ellas, y entre las que ha de incluirse a EE. UU. y asimismo a Portugal, en cuanto se refiere al Estrecho, por su acción directa en los espacios del Atlántico Oriental, lo que implica la necesidad de definir y armonizar de forma muy concreta las zonas de responsabilidad, con arreglo a las misiones que se asignen en la planificación operativa.

Finalmente, en cuanto afecta a la última misión de «Operaciones aeronavales en el Mediterráneo Occidental», la contribución española a la seguridad corresponde de una parte, la defensa del «entorno peninsular, balear y norteafricano», y también en el caso de acciones de mayor profundidad, la situación estratégica del archipiélago balear, como avanzada de nuestra geografía, facilitará la organización permanente de bases y despliegues para la plenitud de participaciones de «acción conjunta» en la seguridad de la zona hasta el Canal de Sicilia, o también de protección ante situaciones críticas que pudieran plantearse en el Mogreb.

En este panorama y dada la característica de los medios actuales, ante la imposibilidad de defensas independientes, surge la necesidad de concertar y concretar los acuerdos de defensa, especialmente cuando los problemas de seguridad propia no coinciden en toda su extensión o con diferente apreciación de los países que, más alejados en su geografía, no los estiman en el mismo grado de riesgo; aunque todos sean conscientes que

en su globalidad la escalada del conflicto en su generalización habría de alcanzarles.

En esencia toda la Alianza tiene que llegar a entender que en estos espacios del Sur de Europa, puede también jugarse su propia seguridad. Y si la defensiva europea ha de ser global, como reiteradamente se ha insistido últimamente en las declaraciones de los representantes de la Comunidad Europea, con mayor razón si cabe, habría que aducirlo en el ámbito de la zona suroeste europea, con independencia de las fórmulas que imponga su articulación; no sólo por solidaridad internacional, sino por exigencias de su propia supervivencia, porque en su conjunto y en el moderno concepto de toda la amplitud estratégica de su geografía, archipelágica y peninsular, como expresó hace tiempo una destacada autoridad militar, «nosotros no sólo estamos en el Estrecho, somos el Estrecho».

EL PRESIDENTE DEL SEMINARIO

Colección Cuadernos de Estrategia

